

La tarea titánica de gobernar una monarquía planetaria a través de la vida y obra de Juan Díez de la Calle

Aristarco Regalado
Universidad de Guadalajara
arystarco@yahoo.fr

¿Cómo funciona un gobierno a escala planetaria? Ésta parece ser una de las preguntas principales que guiaron el trabajo de investigación de Guillaume Gaudin, y con esa interrogante iniciaremos la reflexión en torno a su más reciente libro. En la jerga de los historiadores se diría que esa pregunta encierra la famosa “causalidad histórica”

que, dicho sea de paso, desde Tucídides hasta Marc Bloch y sus discípulos ha dado coherencia y fecundidad a la Historia. La interrogante, por sí sola, demanda una respuesta compleja, erudita, producto de una investigación profunda y luenga. Eso es el libro *Penser et gouverner*, una obra sistemática, ordenada, bien organizada en tres partes y cada una en tres capítulos con sus respectivas conclusiones. En sus 377 páginas se descubren los mecanismos que permiten el funcionamiento de un gobierno planetario. Porque una cosa es gobernar una ciudad y otra muy diferente es regir un imperio que se extiende por todo el mundo y donde las ciudades y villas constituyen el armazón o la columna vertebral de la monarquía planetaria.

¿Cómo funciona un gobierno planetario? Digamos primero que ese gobierno planetario en el que se centró el estudio de Gaudin fue la monarquía católica de la primera mitad del siglo XVII, que desde 1581 hasta 1640 comprendía también la corona de Portugal (con sus territorios de ultramar en América, África y Asia), además de los Países Bajos, el ducado de Lombardía, la corona de Aragón con Nápoles y Sicilia, y finalmente el gran

Reseña del libro de Guillaume Gaudin
Penser et gouverner le Nouveau Monde au XVII^e siècle. L'empire de papier de Juan Díez de la Calle, commis du Conseil des Indes, París, L'Harmattan, 2013, 384 pp.

conjunto territorial de Castilla, que abarcaba varios reinos y provincias de la península ibérica, territorios en África del norte y lo que era llamado en ese tiempo el Nuevo Mundo: casi todo lo que se conocía entonces de América, más las islas Filipinas. La monarquía católica se extendía, pues, por todo el mundo. Lo apuntó ya antes Tommaso Campanella: en el imperio español nunca se oculta el sol. Sin embargo, la escala que deberíamos contemplar no es la de la enumeración simple y llana, sino la del hombre del siglo XVII con sus vehículos y con sus herramientas. La velocidad máxima sobre tierra firme era la del caballo, y sobre los océanos y mares, la de los galeones. El gobierno de la monarquía católica debía tomar en cuenta esos desplazamientos flemáticos sobre los océanos y continentes. El lenguaje de la administración, o la herramienta de la comunicación, era a base de tinta y papel, que a manera de carta sellada recorría el mundo, y los cálculos matemáticos a menudo operaban con meras estimaciones de objetos no siempre compatibles del todo. ¿Cómo hacer funcionar la maquinaria de un gobierno planetario de esta naturaleza? Ese fue el reto de la monarquía católica en la primera mitad del siglo XVII, y desentrañar ese mecanismo fue el de la investigación del historiador Gaudin.

El procedimiento para alcanzar sus objetivos no fue sobrevolar el imperio español para ver, desde las alturas, aquí la corte madrileña, allá el Consejo de Indias, más allá los virreinos, acá las audiencias y acullá las alcaldías mayores, como un observador anacrónico. ¿Cuántos años tendría que invertir un investigador para analizar el funcionamiento de cada una de esas piezas político-administrativas (cada caso con sus particularidades) de las que estaba compuesta la mecánica imperial española? Gaudin no decidió elevarse para ver de conjunto el imperio, pero tampoco se perdió en las tierras exóticas de las aldeas nuevas donde, más o menos a su discreción, los alcaldes mayores tenían un margen de maniobra tal que los hacía parecer casi unidades autónomas comparados con otras alcaldías lejanas, y que sin embargo pertenecían a la misma Monarquía Católica. El autor de *Penser et gouverner* decidió mirar a través de los ojos de un hombre de la época. No a través de los del monarca ni de los de ninguno de sus consejeros principales, empezando por el conde-duque de Olivares. De haber sido así, el historiador habría visto sólo guerras en los Países Bajos, en Italia y en Francia; enfrentamientos navales, crisis económicas... Ni siquiera decidió ver por los ojos de algún alto dignatario eclesiástico, ni de virrey alguno. Gaudin se instaló en la Secretaría del Consejo de Indias, en Madrid, donde un hombre modesto (aunque hidalgo), nacido en 1599 en Condado, 55 kilómetros al norte de Burgos, trabajó durante toda su vida. En efecto, en 1624 fue nombrado Oficial Entretenido, en 1632 ascendió a Oficial Segundo, en 1647 fue nom-

brado Oficial Mayor y por fin, en 1657, le otorgaron el título honorífico de Secretario del Rey. Todo dentro de la estructura del Consejo de Indias, en la sección de la Secretaría de la Nueva España. Ese hombre se llamaba Juan Díez de la Calle, y a través de sus ojos y a través de su oficio el historiador observó la mecánica interna de un gobierno planetario. En las primeras páginas Gaudin explica que su objetivo es tomar como punto de partida el individuo, después alejarse paulatinamente, reconstruir su entorno, para finalizar con la representación que se hacía del mundo. Fue más allá, pues admite que ese acercamiento debería permitirle responder a las interrogantes relativas al funcionamiento de la monarquía católica en el siglo XVII. Un procedimiento, pues, que lleva al historiador desde el individuo hasta el imperio español.

El libro gira entonces en torno a Juan Díez de la Calle, funcionario del Consejo de Indias. En la primera parte accedemos a su biografía, sobre todo a esa parte de su vida que lo estrecha a su oficio. Sabemos de él su lugar y año de nacimiento, el nombre de su esposa y de sus hijos, el nombre de su suegro, su categoría social, su lugar de residencia y la manera en que logró conseguir un trabajo que, sin salir de Madrid, cotidianamente lo llevaba hasta el confín del mundo, las islas Filipinas, pasando por dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, y por un continente, el americano, donde estaba la Nueva España. En esta primera parte Gaudin desentraña mecanismos de la época relativos al aprendizaje y al ejercicio de los oficios, a su vez vinculados con la dinámica familiar. En efecto, no es casualidad ni nada fuera de lo común que Juan Fernández de Madrigal haya sido al mismo tiempo el maestro que enseñó el oficio a Juan Díez de la Calle y el suegro que le entregó a su hija en matrimonio. Todo lo contrario; se trataba de prácticas propias de las sociedades del antiguo régimen y más precisamente de una sociedad cortesana, es decir de un mundo que se desarrollaba en la corte del rey. Un aspecto importante de este apartado es que el libro muestra la estructura socioprofesional en la que se desenvolvían los infra-letrados, quienes no lograban acumular grandes riquezas con sus oficios, pero que les permitía vivir y morir dignamente. Por otro lado, era posible que una familia lograra mantener en sus manos esos oficios de la corte heredándolos generación tras generación a sus descendientes, tal y como sucedió con la familia fundada por Fernández de Madrigal y continuada por Díez de la Calle, que conservó los puestos de oficial de la Secretaría de la Nueva España, en el Consejo de Indias durante todo el siglo XVII, al menos.

Juan Díez de la Calle trabajó durante 38 años en la oficina de la Secretaría de la Nueva España del Consejo de Indias. Según Guillaume Gaudin, la oficina debe haber consistido en una pieza amueblada con mesas, li-

breros (algunos de ellos con llave) que contenían carpetas y carpetas con documentos y más documentos, algunos libros de referencia, cera, papel, tinta, plumas. Los archivos ocupaban un lugar muy importante en ese lugar. El Secretario era el jefe, seguían después el Oficial Mayor, el Oficial Segundo, el Oficial Tercero y el Oficial Entretenido. La oficina estaba en la planta baja y daba al patio del Alcázar real [...] Guillaume Gaudin registra este tipo de minucias que hacen su lectura muy agradable. Está claro que Díez de la Calle obtuvo ascenso tras ascenso en esa oficina secretarial. La manera en que se lograban y la relación de dichos oficiales con los consejeros, personajes principales de ese edificio administrativo, se exponen con claridad en la obra de Gaudin. ¿Cuál era la tarea de esa oficina? Recabar información, reunir toda la que fuera posible relativa a la Nueva España, para ponerla a disposición de los Consejeros de Indias, quienes, teniéndola como base, tomaban decisiones. La tarea de Juan Díez de la Calle a lo largo de 38 años fue manejar información: solicitarla si no la tenía, conservarla celosamente cuando había que protegerla, entregarla oportunamente al momento en que se la pedían. La información que manejaba Díez de la Calle era el aceite que hacía funcionar los engranajes del gobierno imperial. Gran parte de la información relativa a la Nueva España pasaba bajo sus ojos. Esta situación hizo que se convirtiera en un intermediario entre los habitantes de la Nueva España y el Consejo de Indias. Llegó a ser un hombre con una red de informantes en cada ciudad y región clave del imperio, con quienes mantenía correspondencia y a muchos de los cuales jamás vio y cuya mano nunca estrechó.

En una monarquía de magnitud planetaria, el problema de la distancia y el obstáculo geográfico fue solventado con las cartas. El escrito era la fórmula que permitía vincular el Nuevo Mundo con el viejo y las misivas llegaron a convertirse en un instrumento de gobierno. Por esta vía, Juan Díez de la Calle mantuvo correspondencia con altos dignatarios de la Iglesia y con integrantes eminentes de las audiencias americanas, entre ellos oidores, fiscales y obispos. Por otro lado, está claro que también mantenía relaciones, aunque de carácter laboral y no político, con sus superiores en el Consejo de Indias. Nada prueba que Díez de la Calle haya tomado partido por la facción del conde-duque de Olivares, por ejemplo, ni lo contrario; pero sí, por la naturaleza de su oficio, se mantenía cerca de esos hombres de poder, circunstancia que lo hacía proyectar una imagen preponderante a los ojos de los habitantes de la Nueva España. En el tercer capítulo, Guillaume Gaudin explica y describe el trabajo cotidiano de Juan Díez de la Calle, el de un hombre que se convirtió en experto del “manejo de papeles”; un empleado del rey que a menudo veía pasar bajo sus ojos asuntos importantes que había que guardar en el más grande

secreto. Díez de la Calle era un oficial representativo de muchos otros, pues además del de Indias, el rey tenía once Consejos más (Castilla, Aragón, Italia, Flandes, Portugal, el Consejo de Estado, Inquisición, Cruzada, Órdenes, Hacienda y Cámara).

La segunda parte del libro da cuenta de la obra de Juan Díez de la Calle. De esa obra cotidiana, sí, de su vida profesional entregada al manejo de papeles, pero también de una tarea más alta que él mismo se impuso. Se trata de la elaboración de un proyecto editorial ambicioso: la publicación de una obra que contuviera toda la información posible sobre los virreinos de México y del Perú. El proyecto comenzó con una lista de rutina que acostumbraban levantar los oficiales de la Secretaría. Díez de la Calle lo tituló *Memorial informatorio*, y tuvo la fortuna de ser impreso en 1645, dos años antes de ser ascendido a Oficial Mayor. Se trata de una obra de 32 folios donde se enumeran los cargos provistos por el rey desde el Consejo de Indias, aunque también abarca otras áreas más. Los puestos son clasificados por categorías y se enumeran por audiencias. Entre 1645 y 1654, Díez de la Calle realizó el mismo ejercicio en varios momentos y sus obras fueron intituladas asimismo como *Noticias sacras y reales*, además de *Memorial informatorio*. Pero ningún manuscrito de esos pasó de ser una herramienta propia del oficio del manejo de papeles en una de las Secretarías del Consejo de Indias. Era una herramienta que permitía desempeñar mejor el oficio porque facilitaba la obtención de información, permitía tenerla con rapidez a la mano, se encontraba mejor sistematizada y organizada, permitía mayor claridad en las problemáticas y acierto en las decisiones. Sin embargo, la obra que Díez de la Calle sin duda deseaba ver impresa, y que nunca lo fue, constaba de unos 800 folios, de los cuales consagró la mitad a cada uno de los virreinos de América. La obra se titulaba *Noticias sacras y reales de los dos imperios de las Indias occidentales de la Nueva España y el Perú*. La información que utilizó para la redacción de esta obra fue múltiple y variada, además de pertinente, si tomamos en cuenta los torrentes de información que inundaban continuamente la Secretaría del Consejo de Indias donde trabajaba Juan Díez de la Calle. El método para elaborar esta obra única en su género, las fuentes e informantes, el modelo en que se basó el autor, etcétera, son cuestiones que expone con lujo de detalle Gaudin, de una manera muy acertada y satisfactoria. En el fondo de esta obra se ve el perfeccionamiento alcanzado en su oficio por parte de Juan Díez de la Calle y su capacidad para almacenar y sistematizar información necesaria para hacer efectivo el gobierno de una monarquía planetaria.

En la tercera parte de su libro, Gaudin ofrece algo fundamental para el arte de gobernar: el conocimiento que el Consejo de Indias tenía del

Nuevo Mundo, y todo a través de los ojos de Juan Díez de la Calle. Aparece ante nosotros una imagen detallada, sistemática y clasificada del Nuevo Mundo. Por la pluma de Díez de la Calle podemos ver las ciudades y sus habitantes, los campos y sus producciones, los tributos indígenas y los salarios de los funcionarios reales, los ríos y las montañas, las órdenes religiosas y su trabajo de evangelización, los milagros –numerosos– y las imágenes santas. Díez de la Calle anotó cada uno de los puestos que proveía el monarca español a través de su Consejo de Indias en América. Delimitó lo mejor que pudo las fronteras y los puntos débiles del imperio. Escribió sobre las amenazas y sobre las rutas navales. Advirtió de los costos que las islas Filipinas representaban. Subrayó la importancia de las villas y ciudades del Nuevo Mundo, sus distancias y ubicación, sus rutas, su comercio, su producción, sus finanzas, su demografía. Las ciudades aparecen en la visión de Juan Díez de la Calle como eslabones importantísimos en la cadena que era el imperio español. Nos damos cuenta que en realidad, el Consejo de Indias, a través de sus secretarías, a través del trabajo de sus oficiales madrileños, poseía una visión muy cercana de esa realidad americana, a pesar de vivir separados por un enorme océano y de estar en desfase por varios días. Sin embargo, mientras hubiera flujo de información y renovación cotidiana de ésta, seguiría habiendo aceite para mantener un gobierno planetario.

Guillaume Gaudin tomó la decisión de elaborar una especie de biografía para comprender cómo la monarquía católica logró mantener su poder durante varios siglos sobre territorios tan alejados y dispersos en el planeta, y cómo funcionaba un gobierno planetario. Me refiero a la decisión de responder a esas preguntas a través del estudio de la vida y obra de un hombre que siempre permanecía detrás de las grandes reuniones de la época, detrás de las grandes decisiones de poder político, detrás de todo escenario público. Y sin embargo, en el fondo, siempre estaba presente. Es cierto que los consejeros de indias eran los que tomaban las decisiones relativas al Nuevo Mundo, pero lo hacían basándose en la información que les preparaban las secretarías, es decir los oficiales, es decir Juan Díez de la Calle para el caso de la Nueva España. Y Díez de la Calle tuvo mayor permanencia en esas oficinas del Consejo de Indias que cualquier consejero, sin estar sujeto a los vaivenes políticos como éstos sí. Durante casi 40 años (de 1624 a 1662), Juan Díez de la Calle trabajó en la Secretaría de la Nueva España del Consejo de Indias; durante casi 40 años aportó la información que pudo (¿y en ocasiones tal vez la información que quiso?) para que los consejeros tomaran decisiones, es decir, para que el rey Felipe IV tomara las decisiones. Una pieza importante del engranaje nodal de la maquinaria imperial eran estas oficinas donde Juan

Díez de la Calle sistematizaba y procesaba la información. Desde esas oficinas se lograba ver, mejor que desde cualquier otro sitio, el conjunto de una buena parte del imperio español.

No quiero dejar la impresión que *Penser et gouverner* sólo responde a esa pregunta de manera expedita. Todo lo contrario; su autor se la toma con calma para profundizar en el tema. Hace hincapié en que la sociedad de antiguo régimen a la cual pertenece Juan Díez de la Calle se encuentra en los límites de cambios estructurales mundiales. España comienza a declinar y dejar de ser la gran potencia que fue, su declive es palpable en todos los ámbitos: militares, intelectuales, artísticos, sociales, políticos. Por esos días comenzaba, en efecto, el llamado Siglo de las Luces en el que Francia sería líder mundial, imponiendo un modelo más eficaz de gobierno y de administración de sus territorios ultramarinos, que acababa de conseguir. Por eso Guillaume Gaudin tiene razón cuando dice que el modelo español, aunque imperfecto, era sólo una forma de gobierno diferente de la que existió en el siglo de la Conquista, y que sería visto por los contemporáneos de finales del siglo xvii como una forma de gobernar y de administrar atrasada. Finalmente, cabe resaltar que Guillaume Gaudin hace un estudio exhaustivo alrededor de la figura de Juan Díez de la Calle que va más allá de una simple biografía. Es la historia de una época junto con él, es la historia de un oficio junto con él, es la historia de una manera de gobernar junto con él, es la historia de una manera de trabajar un libro, el de *Noticias sacras*, redactado por Juan Díez de la Calle, pues nos entrega sus fuentes de primera mano, de segunda mano, su bibliografía, sus archivos, su método, sus libros de inspiración y sus objetivos. La obra de Gaudin lleva a ese taller y también presenta el resultado, es decir el producto de Díez de la Calle y las razones de ese producto.

Se trata de una obra que ofrece asimismo una mirada sobre el individuo y el lugar que ocupa en un universo global y que también invita a reflexionar sobre un tema que desde perspectivas distintas han abordado Norbert Elias (el individuo) y Serge Gruzinski (la mundialización): en este caso, Gaudin ofrece una obra donde conjuga ambas miradas, ambas formas de abordar su tema, y logra entregarnos una propuesta auténtica de integración y combinación de los dos modelos enunciados. En otras palabras, *Penser et gouverner* nos lleva por el camino de los individuos, donde el personaje es capaz de moverse con y por su propia voluntad, para realizar en su vida una tarea que lo confronta a un mundo global que comprende como tal, llevado de la mano de Dios en un universo divino, pero que no lo asfixia.

Recibido: 20/03/2014. Aceptado: 06/08/2014